

A DONDE
NOS DEVUELVAN
LAS ALAS

LARA
PÉREZ

A DONDE
NOS DEVUELVAN
LAS ALAS

LARA
PÉREZ



EDICIONESKIWI

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, abril 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-26-5
Depósito Legal: CS 162-2024
© del texto, Lara Pérez
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, Ana María Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para esas personas
que se han sentido
como un pájaro enjaulado
alguna vez;
sé que duele no poder
alzar el vuelo.



CAPÍTULO 1

Hailey

«El futuro pertenece a aquellos que creen en la belleza de sus sueños».

Eleanor Roosevelt

Mientras me bajaba del autobús, no podía creerme que, por fin, después de recorrerme más de dos mil millas, con una mochila atada a la espalda, vieja y roída, como único equipaje, hubiera llegado a Seattle. Me sentía como si hubiera sobrevivido a un apocalipsis: destrozada, exhausta y muerta de hambre. Pero iba a ser mi primer año de universidad, porque después de tanto esfuerzo en los últimos años para obtener buenas calificaciones... Lo había logrado. Y ahí estaba. En Seattle. Porque hacía tiempo había tomado la decisión de estudiar, de obtener más de lo que podía ofrecerme Arkansas. Y así era la vida: cuando tomabas una decisión, después debías sufrir las consecuencias. Y en mi caso sentía que cada jodido esfuerzo había merecido la absoluta pena.

—¿Por qué no funcionas? —gimoteé delante de la máquina. Apreté el botón con tanta fuerza que el dedo se tornó blanco—. ¡Jodido primer mundo!

—Como sigas así, terminarás por estropearla... —Me giré al escuchar una voz. Era una señora que mascaba chicle de una forma exagerada y me miraba desde un mostrador con cara de pocos

amigos. Supuse que sería una de las trabajadoras de la estación, ya que vestía un uniforme verde con el logotipo de la empresa.

—No funciona.

—Es difícil que funcione si no escoges qué billete quieres.

—¿Dónde... dónde debería pulsar?

—¿A dónde quieres ir? —preguntó.

—Pues... yo... Bueno, en realidad... —Nerviosa, comencé a jugar con un mechón de pelo rebelde—. ¿A Seattle?

—¿Seattle? ¡Ya estás en Seattle!

—UW. Voy a Washington University —susurré con la voz temblorosa.

—Ten. —Me tendió un papel que había salido disparado de la máquina y me indicó la salida.

La estación de autobuses de Seattle poco tenía que ver con la de Arkansas, en la que solo había una línea con un autobús viejo y oxidado que olía a estiércol y soya, con una infraestructura pobre y antigua. En cambio, la estación de Greyhound era nueva e imponente. Tenía al menos tres pisos, con un montón de árboles y plantas en su interior que le daban un aspecto agradable, escaleras que se movían solas y ascensores que hasta el momento solo había visto en televisión. Era imponente y yo me sentía diminuta e insignificante ante tanta ostentación.

Caminé hacia la salida observando todo a mi alrededor, con mi mochila sobre el hombro y el teléfono móvil, ese que me había comprado hacía apenas un mes para asegurarme de que tendría acceso fácilmente a papá y a Jacob. Dudaba que mi antiguo teléfono, ese que había heredado de Sam, mi novio, no fuera a dejarme tirada a la primera de cambio.

Esperé mi turno en la cola para coger el último autobús, que me dejaría en el campus y así podría realizar el papeleo pertinente como estudiante de primer curso en Filología Inglesa. Y hasta ahí mis planes. Después tocaría improvisar.

Aproveché el recorrido hasta el campus para llamar a papá y decirle que, tras tres días y medio y un bocadillo de un dólar y

alguna chocolatina como único alimento en mi estómago, había llegado. También le escribí un mensaje a Sam, que no respondería hasta bien entrada la noche, cuando ya no pudiese continuar trabajando en el campo.



Había soñado cientos de veces con el campus. Me imaginé cómo sería cada mínimo detalle, desde la cantidad de edificios de piedra que habría hasta el minúsculo dibujo grabado y tallado que tendría cada ventana. Y solo podía decir que cualquier imagen preconcebida que tuve alguna vez en la cabeza se fue al traste, quedando completamente eclipsada, cuando descubrí que la realidad era infinitamente mejor. Estaba alucinada. Saqué mi teléfono e inmortalicé lo que veían mis ojos, para que papá pudiera verlo también. Había jardines enormes repletos de árboles y plantas, estudiantes por todas partes, coches de modelos de los que jamás había oído hablar y edificaciones enormes que en Arkansas bien podrían pasar por rascacielos.

Caminé durante un buen rato hasta llegar a la secretaría y entré decidida a completar la documentación necesaria. Todo eran datos sencillos, hasta que tuve que decidir qué asignaturas quería cursar. Había leído muchísimo sobre todas las opciones que se ofrecían y me había costado horrores decidirme, tanto que ahora que lo tenía delante volvía a dudar. Una vez que había completado cada hueco en blanco, se lo devolví amablemente a la señora de pelo rizado y con gafas que me observaba impaciente.

—Señorita Peterson... —me llamó justo cuando agarraba el pomo de la puerta—, no ha rellenado dónde va a residir.

—No tengo alojamiento —admití mirando al suelo.

—¿No tiene alojamiento? —repitió, mirándome por encima de las gafas y alzando una ceja.

—No he encontrado nada que pueda permitirme, por ahora —aseguré pestañeando con lentitud.

—Entiendo. —Asintió con la cabeza sin dejar de mirarme—. ¿De Arkansas? —preguntó mirando el formulario, sorprendida. Supuse que no solía haber demasiados estudiantes de Arkansas por aquí, e imaginé que acababa de descubrir que no poseía una gran suma de dinero en el banco. De hecho, de no ser por todo lo que había estudiado hasta lograr que me concedieran la beca para el alumnado en riesgo de exclusión social, jamás hubiera podido permitirme estar aquí. Ni en ningún otro sitio, para ser francos. Así que no, no tenía ningún sitio donde hospedarme, ni ningún lugar al que pudiera llamar hogar mientras estuviera aquí, al menos hasta que encontrara un trabajo que me diera ingresos para sobrevivir y así poder invertir el presupuesto de la beca en un apartamento. Fui consciente de cómo me juzgaba en silencio, de cómo reparaba en mi ropa con desaprobación, y yo era consciente de que nada tenía que ver con el resto de los estudiantes. Yo había nacido en Arkansas, en uno de los lugares más inhóspitos y humildes de Estados Unidos, declarado uno de los estados más pobres.

Me despedí amablemente y salí. Ya tenía todo lo imprescindible para comenzar el curso dentro de una semana, lo único que necesitaba era encontrar un trabajo con urgencia y un apartamento donde quedarme. No podía ser tan complicado.

Caminé hasta sentarme a la sombra de un árbol con un folleto de ofertas de trabajo y comencé a llamar a todas en las que no requerían un mínimo de experiencia, aunque no eran muchas. Recibí un *no* como respuesta en cada una de ellas y solo me quedaba una a la que llamar.

—¡Hola! Mi nombre es Hailey Peterson y he visto la oferta de trabajo como camarera que ofrecéis. No me importa hacer horas extras ni trabajar en turno de noche. No tengo experiencia en servir en mesa ni en barra, pero sé cómo hacerlo, aprendo rápido, y tampoco tengo problema en vestir uniforme. Necesito este trabajo; acabo de aterrizar en Seattle desde Arkansas y necesito un trabajo que me permita comer algo cada día.

—¿Sabe cómo tratar con la gente? —preguntó una voz de mujer. De no más de cincuenta años, diría.

—¡Por supuesto que sí!

—Pásate mañana por aquí, serán dos meses de prueba. Cobrarás tus honorarios el último día de cada mes. Seiscientos dólares. Trabajarás de lunes a viernes de seis de la tarde a once de la noche.

—¿Está de broma? ¿Seiscientos dólares por veinticinco horas a la semana? —dije sin poder creérmelo.

—Hailey, puede que en Arkansas haya vivido un acceso limitado a la comida, pero en Seattle como mínimo hará las tres comidas esenciales con un salario justo. En el Skils Bar servimos comida, por lo que puede comer lo que quiera. Como propietaria, no me gustaría que ninguno de mis trabajadores se desmayara por falta de alimentos. —Sonreí ante su tono amigable.

—No se va a arrepentir, señora... Moore —dije, comprobando el nombre en el folleto.

—Llámame Ava.

—No voy a decepcionarla, Ava. Gracias por la oportunidad. No sabe cuánto necesitaba este trabajo.

—Tengo la sensación de que no vas a decepcionarme, Hailey. Hasta mañana.

Después de más de treinta llamadas, al fin alguien me había dado una oportunidad. Estaba feliz. Había sido mejor de lo que creía. Trabajaría solo veinticinco horas por semana y me pagarían un dineral. Ahora solo faltaba ponerme manos a la obra para encontrar un apartamento. Había visto en la entrada un cartel de anuncios de alojamientos, así que me acerqué a mirar si habría alguno interesante. Todos me parecían excesivamente caros, excepto uno. Una chica, Mía, buscaba una compañera de piso por doscientos dólares e iba a ser mío. La beca me cubría lo justo y necesario: alojamiento, matrícula de la universidad y libros. Llamé al número de teléfono y, para mi fortuna, me encontré con una chica desesperada por encontrar a alguien con quien repartir gastos. Creo que hubiera dicho que sí aunque quien llamase, en

lugar de ser una inofensiva chica de Arkansas, fuese un asesino en serie.

No hablé demasiado con Mía, pero parecía que no iba a pasar demasiado tiempo en el apartamento, ya que me confirmó que a menudo se quedaba en casa de su novio: Scott. Lo que eran buenas noticias, porque si no congeniábamos tampoco tendría que compartir demasiado tiempo con ella, aunque me encantaría tener una amiga.

CAPÍTULO 2

Hailey

No recordaba la última vez que dormí más de seis horas seguidas, supongo que cuando fui un bebé. Tampoco era capaz de recordar si alguna vez había dormido sin pasar frío, y es que sin duda en Seattle tenía un nido caliente que olía a lavanda. Nada comparado con mi cuarto de Arkansas, en el que se colaba el frío de la calle por cada rendija de mi ventana. Y no olía a lavanda. Olía a hierba fresca del campo. Y rara vez me despertaba con el olor a café en las fosas nasales, eso era algo nuevo.

Me desesperé, apartando las sábanas de mi nueva cama. Me levanté y fui directa a la cocina persiguiendo ese olor, haciendo que mis tripas rugieran con fuerza. También era nuevo para ellas ese olor a café recién hecho.

—¡Buenos días! —canturreó Mía. Le devolví el saludo y me hizo un gesto para que tomara asiento enfrente de una enorme taza de café. También había cereales de colores y galletas de chocolate—. ¿Instalada? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Solo he traído una mochila. —Me encogí de hombros. No me llevó más de quince minutos colocar en los cajones las pocas pertenencias que poseía.

—¿No comes Lucky Charms? —inquirió extrañada, llevándose una cucharada enorme de cereales de colores a la boca.

—Ni siquiera sé qué es eso. —Me reí avergonzada.

—¿Hablas en serio? ¡Los cereales! —exclamó dirigiendo la mirada a la taza—. Son los mejores cereales del mundo. —Puso los

ojos en blanco y llenó mi taza con cereales hasta arriba—. ¿Qué se desayuna en Arkansas? —Me aclaré la garganta. Era una pregunta inofensiva, pero Mía no tenía ni idea de dónde venía.

—Avena con leche y, con suerte, alguna galleta en oferta de la tienda de alimentos más cercana —murmuré mientras probaba esos deliciosos cereales. Joder. Estaban riquísimos.

Mía era agradable, lo descubrí anoche cuando llegué a nuestro apartamento y había pedido un perrito caliente para recibirme. Era la primera vez que comía uno y estaban deliciosos. Mía estudiaba Diseño de Moda. Era rubia, con una melena larga y bonita, ojos color miel y una sonrisa encantadora. Le gustaba la ropa extravagante y odiaba el negro, era fan de Rihanna y de la literatura manga. También era animadora del equipo de fútbol y salía con uno de los jugadores del equipo universitario, Scott.

El apartamento era increíblemente grande y bonito. Tenía un cuarto de baño para mí sola y una pantalla plana de al menos cincuenta pulgadas en el salón, con Netflix y un puñado de cosas que yo había descubierto ayer por primera vez mientras Mía me observaba como si me salieran dos cabezas. En el sofá cabrían unas seis personas y en la cocina otras tantas. Había armarios gigantes en el cuarto que no lograría llenar en la vida, ni siquiera frecuentando grandes almacenes podría permitirme tal cantidad de ropa. Mía me enseñó las sales de baño, y yo simplemente me conformaba y alucinaba por el tamaño de aquella bañera y con el ilimitado acceso a agua caliente.

Mía se despidió de mí y yo decidí salir a pasear mientras mataba el tiempo antes de ir al Skills Bar. No vivíamos muy lejos del campus y tampoco estaba demasiado lejos del trabajo. Tenía la ubicación perfecta.

Iba distraída, mirando a cualquier lugar y a ninguna parte, y cuando me di cuenta comenzaba a oscurecer. Miré el reloj y apenas tenía media hora para llegar. Mierda.

Corrí tan rápido como podía, intentando entender las indicaciones del maldito GPS, hasta llegar al bar un minuto más tarde de

las seis. Nunca había tenido un móvil con esas características y me gasté los ahorros de un año entero para comprarme el más barato que había en la tienda.

Ava me dio un abrazo, que me resultó sorprendentemente agradable, y me explicó el funcionamiento del local y mis tareas de camarera. No era necesario vestir uniforme, y Ava me presentó a mis compañeros.

Una pequeña melodía de guitarra interrumpió nuestra conversación detrás de la barra. No tenía ni idea de dónde provenía y tampoco reconocí qué música era. Pero era lo suficientemente hipnótica como para hacer que se me erizara la piel. Hasta que cesó y se oyeron unos pasos provenientes del piso de arriba y el crujir de las escaleras de madera anunciando la bajada de alguien. Y cuando le vi... Casi podía jurar que en mi vida alguien me había dejado tan impactada. Metro noventa, ojos azules como el océano y cabello negro como el azabache. Tenía el rostro angular, la nariz perfecta y unos labios gruesos con un fino aro plateado atravesando el inferior. También tenía otro aro atravesándole la nariz. Vestía todo de negro, haciendo mayor contraste con el color de sus ojos. Apenas saludó, cogió un botellín de agua y regresó al piso de arriba.

Pronto nos vimos envueltos en la rutina del bar y, cuando quise darme cuenta, ya había terminado mi turno.

—Tú debes de ser la nueva —dijo alguien, sorprendiéndome. Era él. El chico de la guitarra. Estaba sentado al otro lado de la calle fumando un cigarrillo. Me miró de arriba abajo, frunciendo el ceño—. ¿De dónde has sacado esa ropa? —curioseó.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Parece sacada del contenedor. —Se encogió de hombros.

—Es todo lo que tengo —musité dolido. Y era cierto. Aquel pantalón vaquero y roto, y aquel jersey negro, era casi todo lo que poseía. No contaba con un gran armario, apenas unas cuantas prendas sacadas de alguna ONG que donaba ropa—. ¿Trabajas aquí? —titubeé.

—No. —Se rio como si hubiera dicho algo gracioso.

—¿Entonces qué haces aquí? —quise saber.

Tenía ese «algo» que a veces no podíamos explicar con palabras cuando conocíamos a alguien. No era porque fuese guapo o porque me sintiese perdida en aquel lugar al que acababa de llegar. Era porque podía leer en él cosas. Era porque nos cruzábamos con miles de personas a lo largo de nuestras vidas y solo muy pocas captaban nuestra atención. Era como si algo hubiera prendido. Era un fósforo de una cerilla. A veces me preguntaba con cuántos de todos esos desconocidos podía llegar a conectar si llegara a conocerlos y, en cambio, ahora con solo mirarle, sentía que ya habíamos tropezado como por arte de magia.

—Todos tenemos un sitio al que ir, todos somos nosotros mismos en algún lugar y todos volvemos a donde nos hace felices. Y, si tú aún no tienes un sitio que te hace sentir bien, deberías buscar la forma de encontrarlo.

—¿Por qué serías feliz aquí, en este bar?

—Buenas noches, Hailey. —Se puso en pie, me sorprendió que supiera mi nombre.

—No me has dicho cómo te llamas —pregunté cuando ya me había dado la espalda para emprender el camino a donde fuese que iba—. Para estar en igualdad de condiciones, chico de la guitarra.

—Soy conocido como «el *quarterback* del equipo de fútbol», «el capullo» o «Carter» —dijo sarcástico—. De todos los apodos el tuyo es mi favorito, chica de las pestañas. —Guiñó un ojo, sacando a relucir el tamaño de mis pestañas. Eran negras, largas y densas, tanto que parecía que siempre llevaba máscara puesta—. Pero creo que puedes llamarme Aiden. —Me regaló una sonrisa antes de continuar su camino. Yo me fui en la dirección opuesta.

Cuando llegué a mi apartamento, me fui directa a la cama, dejándome caer sobre aquel colchón. Revisé el móvil, me sorprendió el silencio de Sam, ningún mensaje o una llamada. Era como si hubiera desaparecido. Tenía un mensaje de papá preguntándome qué tal estaba y diciéndome que me echaba de menos. Y yo a él. Mía también me había dejado un mensaje avisándome de que no

dormiría en casa. Y Emily, mi mejor amiga, que había conseguido una beca como la mía para Columbia, me había escrito para contarme cómo fue su primer día, y estaba segura de que estaría igual de emocionada que yo. Emily tampoco tenía demasiados recursos, sus padres tenían una pequeña panadería y algunos cultivos. Y, al igual que yo, soñaba con ser algo más, con alcanzar una vida mejor, en la que como mínimo no hubiera que privarse de imprescindibles para vivir o jamás doliera la barriga de hambre.

Permanecí un buen rato mirando al techo en la oscuridad de la noche antes de dejarme llevar por el sueño, y entonces oí una carcajada soltada con ganas proveniente del piso de arriba. Era una risa masculina, y el culpable había conseguido que me recorriera un escalofrío y me diera un vuelvo el estómago. Era una risa bonita.

CAPÍTULO 3

AIDEN

«Te dolerán tanto las manos de sostener lo que no se puede que al final no tendrás otro remedio que abrir el puño y dejar ir».

Edisson A. Cajilima Márquez

El entrenamiento de esa tarde me había dejado exhausto. Con la vuelta de las vacaciones, el inicio del nuevo curso y la que probablemente fuera la temporada más importante para los Washington Tigers, el entrenador nos había hecho jurar frente al escudo del equipo que íbamos a comportarnos y entrenar duro durante toda la temporada. No había conocido persona más persistente que el entrenador Smith.

—Quédate unos minutos, Carter —pidió el entrenador mientras el resto de mis compañeros se iban al vestuario. Me acerqué a él, quitándome el casco y colocándolo bajo el brazo—. Esta temporada habrá agentes muy importantes en el público, algunos ya tienen el ojo puesto en ti. Es una gran oportunidad, Carter.

—No me interesa.

—Carter, a todo el mundo le interesa. A tus compañeros les interesa, es el sueño de cualquier chaval que esté dentro de un equipo.

—Pero no el mío. Yo no quiero entrar en la liga profesional. Tengo otros planes y otros sueños. No voy a aceptar ninguna oferta —admití, marchándome cabreado.

Siempre la misma historia. Yo no elegí ser el jodido *quarterback* del equipo, no escogí ser uno de los mejores ni tampoco que todo el mundo deseara ser yo. No me gustaba ser el centro de atención a cada fiesta que iba, no quería que la mitad del campus se girase a mirarme cuando pasaba. Y, por mucho que fuese una ventaja en ocasiones, me agobiaba todas esas chicas intentando llamar mi atención. Sobre todo Spencer, la jodida capitana de las animadoras. Era un maldito grano en el culo. Y todos ellos me hacían sentir especial, tenía tantos ojos puestos en mí que sentía un peso enorme sobre mi espalda. Y lo único que deseaba era terminar la universidad solo para desprenderme de esa mochila.

Me duché rápido y caminé con prisa hacia mi primera clase, Derecho Penal. Arrastraba esa asignatura desde primer curso. Siempre me pregunté por qué demonios existía esa materia en Economía y Gestión.

Entré por la puerta del aula 45, que estaba llena de estudiantes de primer curso. Subí las escaleras y me senté al fondo, en el extremo izquierdo. Saqué un bolígrafo y un par de folios para tomar notas. Volví la vista al frente y mis ojos se encontraron con los suyos. Pude notar cómo la sangre descendía de mi cara. Ella aún no me había visto. Subió hasta el fondo y se sentó en el extremo derecho. Solo estábamos ella y yo en la última fila. ¿Cómo era posible? Entre todos los jodidos estudiantes y entre todas las malditas optativas... Tenía que ser ella con la que compartiese una.

El profesor Johnson se presentó como cada año e hizo su ritual de dejar en evidencia a los estudiantes de primero con su mítico «ponte de pie y preséntate». Te hacía pasar vergüenza. Levantarte delante de cien estudiantes y contarles quién coño eras o por qué estabas allí.

—Peterson, su turno.

—Soy Hailey Peterson y vengo de Arkansas. —Se oyeron risas y cuchicheos. Me giré un poco para fijar mi vista en ella.

—¡Ya me parecía que olía a estiércol! —murmuró una chica de pelo rojo.

—¿Dónde te has dejado el tractor? —se burló un chico con gafas y jersey.

—¡Menuda paleta! —silbaron algunas chicas.

—¡Ya basta! —gritó el profesor Johnson—. Carter, su turno —dijo mirándome, provocando el suspiro de algunas chicas.

—Todo el mundo ya sabe quién soy. Ahorrémonos las presentaciones —farfullé sin levantarme siquiera de mi asiento.

Me levanté tan pronto como la clase llegaba a su fin, me colgué la mochila al hombro y bajé las escaleras tropezando por el camino con una melena larga y negra, y unos ojos verdes, gigantes y con unas pestañas negras, largas y densas.

—Aiden —saludó con una sonrisa.

—No me dirijas la palabra, Arkansas. —Pasé de largo sin mirarla.

—Me llamo Hailey —susurró en un hilo de voz.



Como cada día, fui al UW Medical Center. Me sabía el camino de memoria hacia la habitación 302, conocía el número exacto que había de peldaños si subías por las escaleras o los minutos que tardaría en llegar en ascensor. Conocía la melodía que formaban los conjuntos de máquinas, con todos sus pitidos y ruidos... Largos, cortos e intermitentes. Sabía el número exacto de habitaciones que había, cuántos pacientes albergaba cada cuarto y las dos emociones principales. La tristeza y la alegría, porque allí no se podía sentir otra cosa diferente. Predominaban exclusivamente esas dos.

Entré en el cuarto, todo estaba como siempre. Me senté en la silla y dejé que pasase el tiempo hasta que anocheciese, entonces me iría. Hay médicos que dicen que los pacientes en coma pueden oírte si les hablas y sentirte. Yo no sabía qué creer. A veces venía y le contaba cómo me había ido el día. En cambio, otras veces solo miraba las manecillas del reloj moverse. Supongo que tampoco tenía nada que contarle. Antes de irme le daba un beso en la frente y

le susurraba que abriese los ojos; a veces esperaba unos segundos, mirándola a ver si surgía el milagro, y otras simplemente me iba tan pronto como lo decía. Porque no iba a despertarse. No volvería a abrir esos preciosos ojos azules, no volvería a sonreírme ni tampoco volvería a enfadarse conmigo. Todos lo habían asumido hacía tiempo. Todos menos yo. Y yo era lo único que la mantenía conectada a esa máquina que le proporcionaba vida.

Regresaba a casa, dando un paseo, cuando me encontré sentada en un banco a Hailey, frotándose con una mueca de dolor la rodilla derecha.

—¿Todo bien, Arkansas? —pregunté, acercándome un poco a ella. Sorprendiéndola.

—Me llamo Hailey —gruñó enfadada.

—Vas a ser un blanco fácil en la UW, Peterson —apunté, sentándome a su lado. Sacándome la cajetilla de tabaco del bolsillo.

—¿Por ser una paleta de Arkansas y oler a estiércol? —dijo imitando el tono con el que se habían dirigido a ella esa mañana.

—¿Y esa cicatriz? —pregunté, mirando con curiosidad su rodilla. Estaba atravesada de lado a lado y de arriba abajo por una cicatriz que, se notaba a leguas, estaba mal cosida. Aquello tuvo que dolerle.

—Un accidente. —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Esta mañana me has dicho que no te dirigiese la palabra, ¿qué ha cambiado?

—Que ahora no estamos dentro del jodido campus de la Washington University.

—Ya lo pillo. El *quarterback* del equipo de fútbol, que ni siquiera sé qué demonios significa eso, tiene que ser un capullo con la paleta de Arkansas. —Clavó sus ojos en los míos. Ya la habían puesto al día.

—Por lo que veo, ya te han informado.

—No. Lo cierto es que nadie me ha dirigido la palabra si no era para soltar algún comentario despectivo o insultarme directamente. Pero absolutamente cada grupito de chicas con las que me

he cruzado hablaban de Aiden Carter. Muchas, del tamaño de tu pene. Algunas despechadas, y otras buscando la forma de llamar tu atención. También me he puesto al día acerca de tu reputación, y déjame decirte que eres un completo imbécil. Aunque, después de lo de esta mañana en clase del profesor Johnson, ya me había quedado claro —dijo mordaz—. Admito que tuve que buscar qué demonios eran los Washington Tigers, y me he sentido idiota después de toda la información que encontré por no haberlo visto cada vez que entré en la página de la universidad. —Me dedicó la sonrisa más falsa que había visto nunca y yo se la devolví.

—Me gustas, Hailey Peterson.

—Pues tú a mí no, Aiden Carter —respondió con franqueza—. No me gustan en absoluto los tipos como tú.

—¿Estás seguro de eso, Peterson? —murmuré, casi rozando su oído.

—Tengo novio —dijo levantándose, visiblemente alterada.

—No te he propuesto un *tour* por mi cama.

Nos retamos con la mirada durante un rato, hasta que al final Hailey bajó la mirada, riéndose. Tenía una risa bonita.

—Nadie sabe que toco la guitarra, Hailey —reconocí—. Y quiero que siga siendo así. Nuestro secreto.

—A mí me gustaba patinar sobre hielo. Tampoco quiero que nadie lo sepa. Nuestro secreto.

—¿Por qué? —pregunté sorprendido.

—¿Por qué te lo cuento? O ¿por qué me gustaba patinar?

—Ambas —asentí.

—Para estar en igualdad de condiciones. Si yo revelo el tuyo, tú puedes revelar el mío. Es lo justo. Es una buena forma de tener atado al otro, ¿no crees? Tu secreto por el mío —dijo levantándose. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y agarró su mochila, que había dejado posada en el suelo—. Hasta otra —se despidió.

—¿No vas a contarme por qué dejaste de patinar? —grité para que pudiera oírme en la distancia.

—¿Quién dijo que lo haya dejado? Esa es otra historia y demasiado larga, por cierto —gritó, girándose y riéndose mientras caminaba hacia atrás—. ¡Te vas a quedar con las ganas de conocerla, Carter! —Se dio la vuelta y continuó su camino.

CAPÍTULO 4

Hailey

Cuando esta mañana me levanté para enfrentar mi segundo día de clase, estaba emocionada. Hasta que entré en la facultad, donde tenía mi primera clase del día y cada par de ojos con los que me cruzaba se giraban para mirarme a mí. A mí, que nunca en la vida nadie me había mirado. Y, a medida que avanzaba, a las miradas se les unían susurros, risas y burlas. Hasta que las vi. Y entonces me pregunté cómo era que no lo había visto antes, si estaban por todas partes. Fotos mías, ridiculizándome. Mi cara pegada encima de un espantapájaros, mi cuerpo lleno de estiércol, rodeada de animales, subida en un tractor... En alguna se podían leer insultos. Yo solo las miraba. Me acerqué a una de ellas y la arranqué, sosteniéndola en la mano. ¿Por qué demonios me hacían eso? ¿Qué demonios podía haberles hecho yo? Corrí hacia el baño intentando alejarme de aquel enjambre de buitres, me acerqué al lavamanos y me eché agua en la cara.

—¿Qué demonios le pasa a la gente de Seattle? —farfullé para mí misma.

—No son ellos. Eres tú. —Oí una voz detrás de mí. Levanté la vista y miré a través del espejo, encontrándome con Aiden. Me miraba con los brazos cruzados, apoyado en la pared. ¿Qué hacía en el baño de chicas? O ¿es que me había equivocado? Ay, madre. Esperaba que no.

—¿Disculpa? —dije cabreada.

—¿Te has visto? —preguntó enarcando una ceja, mirándome de arriba abajo y después clavando la mirada en mis ojos.

—Tengo veintidós años, me he mirado al espejo al menos una vez al día durante toda mi vida. Así que así, a ojo, te diría que me he mirado en el espejo al menos unas ocho mil veces —respondí sarcástica. Aiden me sonrió sin que ninguno de los dos apartase la vista del espejo. Parecíamos retornos.

—La pregunta no es si te has mirado, Hailey, sino si has llegado a verte. —Me quedé de piedra porque no sabía qué contestar. Nunca pasé demasiado tiempo frente al espejo, solo me había visto reflejada para quitarme las legañas por la mañana y comenzar el día. —No puedes venir con esa ropa vieja todos los días, ni tampoco caminar con los ojos abiertos de par en par como si nunca hubieses visto el mundo. No puedes quedarte mirando fijamente la variedad de comida que desconoces o la cantidad de esta en la cafetería. Porque la gente es cruel. Puede que en Arkansas nadie se fije en el aspecto de los demás, puede que nadie te juzgue y puede que así debiera ser. Pero en Seattle, y principalmente en Washington University, sí.

—Es lo único que tengo —bisbiseé con tristeza.

Era cierto que el dinero de la beca me cubría lo necesariamente imprescindible: apartamento, facturas y universidad. Supuse que con mi trabajo podría permitirme comprarme alguna ropa, pero no había venido aquí para gastar el dinero. No era esa mi idea. Quería ahorrar, quería enviarle dinero a papá, aunque él no quisiera aceptarlo, o guardarlo hasta que hubiera lo suficiente como para hacer un pequeño viaje con Sam, Jacob y papá. También sabía que eso era soñar muy a lo grande, porque probablemente ni papá ni Sam podrían cerrar el taller o la carpintería unos días para viajar fuera de Arkansas. Sencillamente porque necesitaban cada maldito centavo. Así que supuse que no habría problema porque yo gastase el dinero en ropa nueva o saliera a comprarme un helado de chocolate de vez en cuando.

—Lo sé. Y ellos también lo saben —aseguró, acompañándose de un gesto de cabeza.

—No sé cómo salir ahí afuera ahora mismo —admití derrotada.

—Peterson, ahora mismo salir ahí afuera sin que nadie se atreva a decirte alguna idiotez es la cosa más sencilla que te depara la UW. —Soltó una carcajada y yo simplemente le miraba sin entender lo que quería decir—. Vas a salir de este baño caminando al lado del *quarterback* del equipo de fútbol.

—Ya lo pillo, Carter —gruñí pasando por su lado, abriendo la puerta con una sonrisa.

Efectivamente, nadie se atrevió a decirme nada. Solo me miraban y luego observaban a Aiden. Imaginé que se preguntarían por qué demonios un tipo como Aiden iba caminando al lado de alguien como yo.

Llegamos diez minutos antes a Derecho Penal. Aiden se sentó en la misma fila y el mismo lugar de la otra vez y yo me senté a su lado.

—Pensé que no querías que te dirigiese la palabra —susurré sacando los apuntes.

—Solo es una tregua, Peterson. No soy fan de los matones de patio. Y no iba a dejarte salir sola de aquel baño —confesó. Me giré a mirarle. Tenía la vista clavada en el frente, pude ver el inicio de una guitarra tatuada en el antebrazo y una clave de sol en uno de sus dedos. Supongo que me quedé más tiempo del necesario mirándole, porque de pronto se giró enarcando una ceja.

Cuando la clase se dio por finalizada, recogí rápido mis cosas, preparada para irme corriendo a mi siguiente clase. Entonces recibí una notificación a mi móvil y todo pareció darme vueltas. Porque aquello que leía no tenía ningún sentido. Sam no podía hacerme esto, y mucho menos así. Pero, lejos de sorprenderme, era como si algo en mí ya lo supiera.

Sam:

Hailey, siento no haber casi respondido a ninguno de tus mensajes y colgarte las llamadas. Es mejor así. Mírate, estás en Seattle. En cambio, yo sigo aquí, en Arkansas, y los dos sabemos que jamás tendré otra vida, principalmente porque

me gusta esta. La carpintería, el campo... Eres demasiado buena y soñadora como para haberte parado a pensar en dónde quedaba lo nuestro si te ibas. No hay un nosotros, Hailey. En unos años estarás graduada en Filología Inglesa y yo seguiré aquí, siendo el mismo. Tú no te has ido para volver a Arkansas, te has ido para encontrar tu lugar en el mundo. Siento que sea de este modo, con un mensaje cobarde, pero no podía hacerlo de otra manera. Cuídate, Hailey. Cuídate y ve a por todo. Cumple todo lo que soñabas y vive. Vive todas aquellas cosas de las que oíamos hablar, aquellas que leías en las novelas de la señora Milles, aquellas que nosotros, con suerte, solo podíamos vivir a través de la televisión.

«No hay un nosotros, Hailey».

Leer aquello había dolido, por mucho que yo ya lo supiera. Pero Sam tenía razón. Yo no había llegado hasta aquí para regresar en unos años a Arkansas. No había luchado para eso. Y yo lo sabía. Lo pensé cientos de veces. Sam y yo soñábamos en diferentes escalas; mientras él soñaba con una cosecha de las buenas en la siguiente temporada, yo soñaba con Washington University, Columbia o Stanford cuando solo tenía un dólar en el bolsillo. Cuando tenía un rato libre, aprovechaba para ir a la biblioteca de la señora Milles. No podía llevarme ninguno a casa, pero podía leerlos allí, podía continuar soñando a través de vidas ficticias, y allí tenía acceso a Internet. A veces creía que era demasiado ambiciosa e ingenua. A veces me sentía mal por desear lo que papá no podía pagarme, lo que Sam jamás obtendría, lo que la mayoría de mis amigas, excepto Emily, no vivirían nunca. Pero yo me había dejado la piel para estar ahí, y tenía que estar orgullosa de ello.

No sabía cómo debía sentirme al respecto. Sam acababa de romper conmigo y yo, sin embargo, no sentía ese vacío en el pecho del que hablaban las novelas románticas. Tampoco me salían lágrimas ni sentía un dolor desgarrador atravesándome el cuerpo.

Quizá porque mi subconsciente ya se había hecho a la idea de que llegado este día pasaría. Nunca habíamos hablado de qué pasaría cuando me fuera, simplemente porque sabía con certeza que no le hacía ninguna gracia que me marchara. Aunque intentara disimularlo, no me había pasado desapercibido el desagrado que le producía saber que me quería ir, que escogía mis sueños por encima de él. Pero siempre había tenido claro cuál era mi objetivo y eso no lo iba a cambiar nadie ni nada, ni siquiera el amor. Así que supongo que ambos sabíamos que todo terminaría. Quizá siempre faltó una última conversación para zanjarlo como debíamos, pero en los últimos meses la brecha que se había formado entre nosotros ya era demasiado amplia y ni siquiera tenía sentido hablar del tema.

—¿Va todo bien, Arkansas? —gritó Aiden desde la puerta, provocando que todos los presentes nos miraran. Algunos comenzaron con las mofas una vez más, otros pasaron de nosotros y algunas chicas me miraban como si quisieran arrancarme la cabeza. Supuse que porque por algún motivo el *quarterback* del equipo de fútbol no estaba siendo tan capullo conmigo como se esperaba.

—Me llamo Hailey —grité, enseñándole el dedo corazón. Le vi sonreír antes de salir por la puerta.



—¡Tienes que venir! Todo el campus estará —rogó una vez más. Mía llevaba un buen rato intentando convencerme para que asistiese a una fiesta que se celebraría esa noche en el campus por el inicio del curso.

—No sé, Mía... —dudé, mordiéndome el labio inferior—. No creo que sea buena idea —admití desviando la mirada.

—Hailey, ¿cuántas veces has ido a una fiesta en Arkansas?

—Ninguna —reconocí—. No tengo nada que ponerme, Mía. ¡Mírame! Solo tengo tres pantalones y cuatro jerséis, un vestido verde con un agujero en la manga, un peto de pana azul, una falda vaquera desgastada y unas cuantas camisetas pasadas de moda, por

no hablar del abrigo marrón una talla más grande. No puedo aparecer así en una maldita fiesta llena de estudiantes de la UW y ser una vez más la cabeza de turco. Por no mencionar que no tengo ni la menor idea de lo que se hace en una fiesta —dije, tumbándome bocarriba en mi cama.

—Te dejaré algo y mañana saldremos de compras para renovar tu armario —propuso tumbándose a mi lado, tomando la misma posición que yo.

—Renovar... —Me reí—. Esa palabra me suena grande, Mía. Nunca he comprado ropa. Lo que tengo es sacado de mercadillos benéficos u organizaciones sin ánimo de lucro que ofrecen ropa usada gratis, lo que los ricos no quieren porque se pasa de moda. No he entrado en una tienda en mi vida ni he visitado grandes almacenes jamás. —Empezaba a preguntarme qué demonios hacía allí. Estaba completamente fuera de lugar en un sitio como la UW.

—Vamos a hacer una cosa. —Se levantó veloz, saliendo de la habitación y perdiéndose en su baño—. Empezaremos por hacerte las uñas. —Regresó trayendo una lima, unos alicates, tijeras... Todos aquellos utensilios los había visto antes en el taller de papá, pero en un tamaño considerablemente superior.

Mía me caía bien. Hablamos un poco sobre mi vida en Arkansas, le hablé de papá y Jacob, de Sam y nuestra reciente ruptura, de Emily... Le hablé del campo, de la vida de los campesinos y de las injusticias, de los pequeños negocios con lo que debían sobrevivir las familias. También de cómo había llegado hasta aquí, cómo recorrí medio país en autobús, y se rio cuando admití que los únicos aviones que conocía eran los que veía en el cielo cuando me tumbaba en la hierba a descasar del calor sofocante en verano. Veníamos de mundos diferentes y habíamos vivido cosas distintas; envidiaba la vida de Mía. Cuantas más cosas me contaba, más alucinaba porque las brechas entre la sociedad fuesen tan visibles y grandes.

—¿Te gustan? —preguntó, enseñándome el resultado. Me había puesto un color rojo cereza. Me gustaban—. ¡Ahora vamos a buscar un vestido que te haga estar cañón!

No sé la cantidad de prendas que Mía sacó de su armario, dispuesta a dejármelas, y no sé cuántas me obligó a probarme hasta decidir qué iba a vestir. Tenía la sensación de que era un hecho que iría a esa fiesta pese a no haberlo confirmado.

Me miré en el espejo y me quedé con la boca abierta. Quien me devolvía la mirada en el espejo era otra Hailey. Llevaba el pelo suelto, limpio y liso como una tabla. Un vestido plateado tan ajustado que se ceñía a mi cuerpo como una segunda piel. Unas sandalias negras con un tacón bajo y cuadrado. Y me había puesto máscara de pestañas y un pintalabios rojo. Estaba... guapa. Era la primera vez que me fijaba en mí y me veía así.

—Ojalá tuviera estas curvas —gruñó Mía—. Joder, las mujeres de Arkansas estáis hechas de otra pasta.

Scott pasó a recogerlos y Mía hizo las presentaciones. Parecía agradable. Y era tan guapo como Mía. Durante todo el camino, Scott nos habló de los entrenamientos, del primer partido de los Washington Tigers y de cómo había mejorado su forma física desde la temporada pasada. Yo no tenía ni idea de fútbol americano, nunca había despertado mi curiosidad, pero parecía que era algo importante en la universidad. Y no solo para los miembros del equipo. Mía me aseguró que ya me pondría al día en lo que a fútbol americano se refería y que era casi una obligación ir a apoyar a los Tigers en cada partido que se jugara en casa.

La fiesta se celebraba en el campus. Todo estaba decorado e iluminado por cientos de luces de colores, con mostradores con bares improvisados y música por todas partes. Nunca había visto tanta gente junta. Me fijé en cómo las demás chicas iban vestidas y se lo agradecí enormemente a Mía. Por primera vez no me sentía fuera de lugar con mi atuendo.

Caminaba detrás de Mía y Scott, mirándolo todo como quien ve el mundo por primera vez. Y era que realmente lo estaba haciendo. Nos unimos a un grupo de chicos que Scott saludó con el puño. A juzgar por la constitución, estaba casi segura de que era el resto de los miembros de los Washington Tigers.

—Ella es Hailey —presentó Mía. Sentía las mejillas arder, no necesitaba presentación, no me gustaba ser el centro de atención ni aunque solo fuese por unos segundos.

—Hola, Hailey. Soy Trevor —saludó un chico rubio de ojos marrones. Fue secundado por Tyler, Cameron, Zac, Tommy... Todos parecían agradables.

—Aunque te vistas de otra manera, sigues siendo de Arkansas —se burló una chica de media melena, alta y con ojos tan claritos que parecían grises.

—Cállate, Spencer —gruñó Aiden.

—Es la capitana de las animadoras. Es una víbora —me susurró Mía al oído.

Nunca había bebido algo que no fuese tequila barato y del que se fabricaba en las pequeñas licorerías de Arkansas. Esta noche había probado varias bebidas diferentes y no estaban nada mal. La noche fue bien, todo iba bien hasta que Mía desapareció con Scott y yo me quedé sola con el resto de los Washington Tigers.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Aiden acercándose.

—Claro que sí. Eso no quiere decir que vaya a responderte. —Esbocé una sonrisa.

—¿Por qué bajas la cabeza, Hailey? Te he visto cuando alguien se acercaba a hablar contigo; bajabas la cabeza. También lo hacías cuando Spencer soltaba algún comentario hiriente. ¿Por qué no te defiendes? El mundo va a verte como tú te veas. No agaches la cabeza delante del primer idiota que te encuentres. No eres inferior, Hailey, no te sientas como si lo fueras y mucho menos actúes como tal.

—No quiero tener problemas —aclaré, encogiéndome de hombros.

—Vas a tener muchos problemas en la UW, Peterson.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estás en una fiesta con los Washington Tigers. Eres amiga de Mía, que es la abeja reina del campus, y ahora mismo estás hablando con el *quarterback* del equipo de fútbol. Por no mencionar

que te han visto salir de un baño conmigo. Te aseguro que si lo que quieres es pasar desapercibida te estás equivocando de compañías.

—No soy tan idiota como para no haberme dado cuenta de que desde que pisé el campus esta noche no han dejado de mirarme ni un solo segundo —murmuré, y contuve el aliento cuando me golpeé con sus ojos.

Percibí que estaba a punto de decir algo, cuando una chica de piernas kilométricas se acercó, apartándose a un lado y lanzándose directamente a su boca, donde fue recibida. Observé cómo le susurraba algo al oído y cómo ella sonreía cálidamente.

—Hasta otra, Arkansas— se despidió siendo arrastrado por aquella chica a algún lugar, sin darme la oportunidad de responderle.

Imbécil.

Era hora de volver a casa. Me despedí de los chicos y crucé por entre la multitud de estudiantes hasta encontrar la salida. Caminaba en el más profundo silencio, aún en la distancia se escuchaba de fondo el murmullo de la fiesta y la música. Había sido una noche agradable y llena de experiencias nuevas.

Antes de acostarme, me miré de nuevo en el espejo durante un rato. Francamente, me gustaba esa Hailey.

CAPÍTULO 5

AIDEN

—¿Te cuento un secreto? Voy a cambiar de carrera y estudiar Psicología. —Cuando Tyler decía algo así, podías esperarte cualquier cosa.

—Y yo voy a hacerme estrella de Hollywood —solté sin pensar—. No tienes pinta de psicólogo, sino más bien de baterista de un grupo de *rock*. O de estrella de surf que reniega de su fama. O de escritor de novela erótica que busca inspiración en las fiestas de fraternidad.

—Vale, pero sé escuchar. Y eso es imprescindible para ser psicólogo. —Me dirigió una sonrisa de niño bueno y paciente que me hizo reír.

—¿Qué demonios te pasa? —Solté una carcajada.

—Estoy en ese momento de crisis existencial de inicio de curso, donde te replanteas todo. —Se sentó en el sofá, a mi lado, y soltó un suspiro largo—. Necesito fichar por algún equipo, Carter. Yo no lo tengo asegurado como tú, y si no lo consigo debo tener un plan B.

—Estás en tercer curso de Odontología. Eso ya es un plan B.

—No, no lo es. No quiero pasarme el resto de mi vida limpiando bocas sucias o arrancando dientes podridos —lloriqueó. Me eché a reír.

—¿Por qué no sales a dar una vuelta? —sugerí.

—¿Con quién? Tú hueles a noche de sexo y alcohol, y tienes una pinta horrible. Necesitas una ducha con urgencia. Zac me ha dicho

que tiene que ir al taller porque alguien le ha rayado su preciosa moto del siglo dos antes de Cristo y Tommy me aseguró que va a tener la polla ocupada todo el día —dijo, desesperado, mientras me lanzaba un cojín—. Y Savannah está furiosa conmigo porque le he dicho que no quiero asistir a la acampada anual de las animadoras en el Lago Diablo en Colonial Creek.

—Sal a correr o intenta convencer a alguno de los chicos —dije, bostezando mientras me acomodaba más en el sofá.

—Me voy al bar a tomarme una cerveza —gruñó—. ¿Con quién has pasado la noche y dónde? Dices que no duermes con mujeres, pero luego nunca regresas a dormir aquí. Estoy empezando a creer que tienes una doble vida, Carter —bromeó.

—A lo mejor la tengo. —Moví las cejas rápidamente, arriba y abajo.

—Lo único que tienes es un trauma, porque siendo el hijo del dueño de Gravity S. L. compartes piso conmigo y aquí en este edificio, tan simple y normal en comparación con tu cuenta del banco. Por no hablar del pedazo de apartamento que tienes en el centro de Seattle. —Se giró a mirarme con burla mientras cogía las llaves de casa, como esperando una respuesta que sabía que no iba a tener. A Tyler le encantaba provocarme y sabía todo de mí, así que tenía munición de sobra para hacerlo.

—Lárgate de una vez, Tyler. ¿Alguna vez te han dicho lo intenso que eres? —gruñí.

—¡Y tú date una buena ducha, capullo! —gritó, cerrando la puerta tras de sí. Casi podía verle sonreír.

Tyler y yo nos hicimos amigos cuando teníamos nueve años. Era el primer día de colegio y el resto de los niños se metían con él por llevar ortodoncia y gafas. Le llamaban «Tyler el Ogro» o «Tyler Gafotas». Él se enfadaba, y aunque no lo admitiese estaba más dolido que enfadado. Pero hubo un día que lo cambió todo. Había otro niño, el que acabaría convirtiéndose en el matón del patio. Estaba insultado a una niña, Darcy. Darcy llevaba un corte de pelo horrible, vestía casi siempre con un chándal rojo y azul que

le quedaba pequeño, y su barriga sobresalía notablemente por encima de la camiseta. Aquel niño la insultaba a menudo, pero ese día en concreto le pegó y soltó cientos de comentarios humillantes en el patio del recreo, desde «fea» a «pez globo» o «gorda». Entonces Tyler lo empujó por detrás y comenzó a pegarle para defender a Darcy, que ya no podía controlar las lágrimas. Cuando creyó que ya había sido suficiente, se levantó y le dijo con toda la seriedad de un niño de cinco años que nunca jamás se atravesase a volver a insultar o a pegar a una chica. Recuerdo que aquella mañana el patio enmudeció y yo sonreí sin quitarle la vista de encima a Tyler, porque aquel niño había sido muy valiente y sabía que tenía que ser mi amigo para el resto de mis días. Nunca deberíamos decirle a alguien lo gordo que nos parece o si está demasiado flaca, porque nunca sabes cómo le afectará a la otra persona. Puede que ya tenga un problema alimentario o, si no lo tiene, tal vez termine provocándose. Por suerte, Darcy siguió siendo como ella quería. Volvimos a coincidir en el instituto y ya no llevaba aquel peinado tan feo. Lucía una melena larga y llevaba ropa de su talla.

Con Tyler he vivido todos los grandes acontecimientos de mi vida. En el instituto fuimos a la misma clase, teníamos el mismo grupo de amigos y, entre clase y clase, nos dedicábamos a tontear con chicas. Aquello solo era un avance de lo que pasaría desde el último curso de instituto hasta los primeros años de universidad. A veces incluso competíamos por ver quién de los dos ligaba más. Hemos caminado juntos y casi siempre en la misma dirección hasta Washington University. Hemos vivido nuestra primera borrachera, con su consecuente resaca, en la primera feria del verano del cuarto curso de instituto. Nos hemos dado nuestro primer beso con una chica el mismo día y jugando al estúpido juego de la botella. Hemos probado demasiados deportes juntos hasta descubrir que lo nuestro era el fútbol americano. Y también nos hemos acompañado en los peores momentos, como cuando murió el abuelo de Tyler y él se negaba a soltar el abrazo del ataúd cuando llegó el momento de enterrarlo. O cuando tuvimos que sacrificar

a mi perro, Babas, porque era tan anciano que ya apenas podía levantarse. Se murió soltando todas las babas que podía, dando homenaje a su nombre. Tyler era un amigo de esos que simplemente están. Sin nada más. Sin esperar nada a cambio. Un amigo y punto. Y tenerlo en mi vida era un jodido placer, porque sencillamente era el mejor tío del planeta.

A veces he tenido que lidiar con amistades interesadas por ser quien era. Supongo que para el resto del mundo ser el hijo del dueño de Gravity S. L. era la puta hostia. Incluso cuando lo más probable era que la mayoría no tuviesen ni idea de qué es Gravity S. L. realmente, pero sí conocían la fortuna de mi familia y sí conocían lo que significa apellidarse Carter.

Mi padre, Adam Carter, era el CEO de Gravity S. L., una empresa que inicialmente se basaba en crear petróleo en sectores petroquímicos, energía eléctrica y gas. Teniendo en su poder la gran mayoría de pozos de petróleo del mundo. Él prefiere llamarlo «oro negro». También era el mayor accionista en tecnología. Gana veinte mil dólares la hora y cada año su fortuna se incrementa en treinta millones de dólares. Y continuaba creciendo a un ritmo desorbitado. Todo eso eran factores que hacían que tuvieras que mirar con lupa tus amistades y desconfiar de cualquier cara amable que se te acercase. Y huir de cualquier mujer.

Había incontables razones por las que nunca iba a tener pareja. La principal era que no creía en el amor, y no lo hacía por un buen motivo: nunca había conocido el amor de ningún tipo. Ninguna mujer se me había acercado porque realmente viera algo en mí. Habían visto un apellido y mucho dinero acompañado de una cara bonita, porque sería mentir si dijera que no era consciente del efecto que tenía en las mujeres, pero nunca nadie se había acercado desinteresadamente. En mi mundo también era habitual casarse joven y casi siempre con una mujer que también contase con una gran fortuna, cosa que jamás haría. Jamás me casaría con una mujer por negocios y eso que mi padre ya tenía a la candidata perfecta para mí, como había hecho con mi hermano Kaden. Eso

jamás pasaría. Me acostaría con muchas mujeres y no pasaría demasiado tiempo con ninguna fuera de la cama. Tampoco permitiría que nadie se me acercase demasiado.

CAPÍTULO 6

Hailey

Cuando era pequeña adoraba jugar con los neumáticos rotos que ya no servían y que habían quedado olvidados por el taller de papá. Me gustaba llenarlos de piedras, flores y cualquier cosa que encontrase en el campo. A menudo entraba en los campos de cultivos y jugaba a saltar de un montón de paja a otro, y alguna que otra vez regresaba a casa con alguna herida nueva o un moratón doloroso que ponía de los nervios a papá y a mamá. Luego llegó Jacob para compartir mis travesuras con él. Nos escondíamos de mamá, nos tirábamos tierra el uno al otro y jugábamos a ver quién de los dos llegaba más mojado a casa después de una tarde saltando en los charcos. También jugábamos a ver quién escupía más lejos o apostábamos quién de los dos atrapaba más gusanos. Obviamente, ganaba siempre Jacob, porque cuando él no me veía vaciaba algunos de mis gusanos en su tarro. Recuerdo la llegada de Jacob como uno de los acontecimientos más felices de mi vida. Los nueve meses que permaneció dentro de la barriga de mamá se me antojaron eternos. No me cansaba de acariciar la pronunciada barriga de mamá, le depositaba besos, y todas las noches me acercaba y le susurraba que me moría por conocerle. Como si Jacob desde allí dentro pudiera oírme.

Adoraba trabajar con papá en el taller, compartíamos mucho tiempo juntos mientras mamá atendía a Jacob. Y luego cuando se hizo mayor prefirió el campo antes que el taller, así que cada mañana se iba con mamá a la cosecha y nos juntábamos a la hora de